

O. Henry

Mammón y el
Arquero

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

MAMMÓN Y EL ARQUERO

O. HENRY

**PUBLICADO: 1906
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

MAMMÓN Y EL ARQUERO

El viejo Anthony Rockwall, fabricante retirado y propietario del Jabón Eureka Rockwall, se asomó a la ventana de la biblioteca de su mansión de la Quinta Avenida y sonrió con malicia. Su vecino de la derecha —el aristocrático hombre de club G. Van Schuylight Suffolk-Jones— salió hacia su automóvil, que le aguardaba, frunciendo, como de costumbre, una nariz despreciativa ante la escultura italo-renacentista de la fachada del palacio jabonero.

— ¡Vieja estatuilla de pacotilla, llena de humos! —comentó el ex-Rey del Jabón—. El Eden Musée se va a quedar con ese viejo Nesselrode congelado si no anda con cuidado. El verano que viene mandaré pintar esta casa de rojo, blanco y azul, a ver si así se le levanta más esa nariz holandesa.

Y entonces Anthony Rockwall, que nunca se molestaba en usar timbres, se acercó a la puerta de la biblioteca y gritó «¡Mike!» con la misma voz que en otro tiempo había hecho añicos el firmamento en las praderas de Kansas.

—Dile a mi hijo —dijo Anthony al criado que acudió— que pase aquí antes de salir.

Cuando el joven Rockwall entró en la biblioteca, el anciano dejó el periódico a un lado, le miró con una severidad afable en su amplio y liso rostro rubicundo, se revolvió el mechón de pelo blanco con una mano y tintineó las llaves del bolsillo con la otra.

—Richard —dijo Anthony Rockwall—, ¿cuánto pagas por el jabón que usas?

Richard, que apenas llevaba seis meses en casa desde que terminó la universidad, se sobresaltó un poco. Todavía no había tomado la medida de ese padre suyo, tan lleno de sorpresas como una muchacha en su primera fiesta.

—Seis dólares la docena, creo, papá.

—¿Y la ropa?

—Unos sesenta dólares, por lo general, supongo.

—Eres todo un caballero —afirmó Anthony con convicción—. He oído hablar de esos jóvenes de sangre que gastan veinticuatro dólares la docena en jabón, y se van de los cien en ropa. Tú tienes tanto dinero que malgastar como cualquiera de ellos, y aun así te atienes a lo decente y lo moderado. Yo sigo usando el viejo Eureka, no solo por sentimentalismo, sino porque es el jabón más puro que se fabrica. Cuando pagas más de diez centavos por pastilla, lo que compras son perfumes malos y etiquetas. Pero cincuenta centavos está muy bien para un joven de tu generación, posición y circunstancias. Como digo, eres un caballero. Dicen que hacen falta tres generaciones para forjar uno. Pues se equivocan. El dinero lo consigue con la misma facilidad que la grasa de jabón. A ti ya te ha hecho uno. ¡Vaya! Casi me ha hecho uno a mí. Estoy casi tan maleducado, antipático y grosero como esos dos viejos Knickerbocker que tengo a cada lado y que no pueden dormir de noche porque me metí en medio.

—Hay cosas que el dinero no puede lograr —observó el joven Rockwall, con cierta amargura.

—No digas eso —replicó el viejo Anthony, escandalizado—. Yo siempre apuesto mi dinero por el dinero. Me he leído la enciclopedia hasta la Y buscando algo que no se pueda comprar con él, y espero tener que meterme en el apéndice la semana que viene. Estoy a favor del dinero contra todo lo demás. Dime algo que el dinero no pueda comprar.

—Para empezar —respondió Richard, con cierta irritación—, no puede comprarte la entrada en los círculos exclusivos de la sociedad.

—¿Ah, no? —tronó el paladín de la raíz de todos los males—. Dime tú dónde estarían esos círculos exclusivos tuyos si el primer Astor no hubiera tenido dinero para pagarse el pasaje en tercera hasta aquí.

Richard suspiró.

—Y a eso iba —dijo el anciano, con menos aspavientos—. Por eso te pedí que entrases. Algo va mal contigo, muchacho. Llevo dos semanas notándolo. Suéltalo de una vez. Creo que podría reunir once millones en menos de veinticuatro horas, sin contar los bienes raíces. Si es el hígado, el *Rambler* está abajo en la bahía, con carbón y listo para zarpar hacia las Bahamas en dos días.

—No es mala suposición, papá; no andas muy desencaminado.

—Ajá —dijo Anthony, perspicaz—. ¿Cómo se llama?

Richard empezó a pasearse por la biblioteca. En ese tosco y viejo padre suyo había suficiente camaradería y comprensión para ganarse su confianza.

—¿Por qué no se lo preguntas? —exigió el viejo Anthony—. Se lanzará a tus brazos sin pensarlo. Tienes el dinero, tienes planta y eres un buen chico. Tienes las manos limpias. No llevas jabón Eureka encima. Has ido a la universidad, pero eso ella te lo perdonará.

—No he tenido ocasión —dijo Richard.

—Créatela —dijo Anthony—. Llévala a pasear por el parque, a un paseo en carro, o acompáñala a casa desde la iglesia. ¡Ocasión! ¡Pamplinas!

—Tú no conoces el engranaje social, papá. Ella forma parte de la corriente que lo mueve. Cada hora y cada minuto de su tiempo están organizados con días de antelación. Tengo que conseguir a esa chica, papá, o esta ciudad no será más que un lodazal de mala muerte para siempre jamás. Y no puedo ponérselo por escrito; no puedo hacer eso.

—¡Vamos! —dijo el anciano—. ¿Me estás diciendo que con todo el dinero que tengo no puedes hacerte con una hora o dos del tiempo de una chica?

—Lo he dejado demasiado tarde. Pasado mañana al mediodía zarpará hacia Europa para una estancia de dos años. Mañana por la tarde podré verla a solas unos minutos. Ahora está en Larchmont, en casa de su tía. No puedo ir allí. Pero me permiten recogerla en un coche de punto en la Grand Central Station mañana por la tarde, en el tren de las ocho y media. Bajaremos por Broadway al galope hasta el teatro Wallack, donde su madre y un grupo con palco nos estarán esperando en el vestíbulo. ¿Crees que me escucharía si le declarara mi amor durante esos seis u ocho minutos en esas circunstancias?

No. ¿Y qué oportunidad tendría en el teatro o después? Ninguna. No, papá, este es un enredo que tu dinero no puede desenredar. No podemos comprar ni un minuto de tiempo con dinero en metálico; si pudiéramos, los ricos vivirían más. No hay ninguna esperanza de hablar con la señorita Lantry antes de que zarpe.

—Muy bien, Richard, muchacho —dijo el viejo Anthony con buen humor—. Ya puedes ir tirando al club. Me alegra que no sea el hígado. Pero no te olvides de quemar algún que otro palillo de incienso en el templo del gran dios Mazuma de vez en cuando. ¿Dices que el dinero no puede comprar el tiempo? Pues claro, no se puede encargar la eternidad envuelta para regalo y enviada a domicilio por un precio, pero yo he visto al Padre Tiempo hacerse buenos raspones en los talones cuando caminaba por los placeres de oro.

Esa noche llegó la tía Ellen, suave, sentimental, arrugada, suspirante, agobiada por la riqueza, junto al hermano Anthony, que leía el periódico vespertino, y comenzó a discurrir sobre el tema de los pesares amorosos.

—Me lo ha contado todo —dijo el hermano Anthony, bostezando—. Le dije que mi cuenta bancaria estaba a su disposición. Y entonces empezó a hablar mal del dinero. Dijo que el dinero no podía ayudar. Dijo que las reglas de la sociedad no cederían ni un palmo aunque tirara de ellas un equipo de decamillonarios.

—Oh, Anthony —suspiró la tía Ellen—, ojalá no pensaras tanto en el dinero. La riqueza no es nada cuando se trata de un afecto verdadero. El amor lo puede todo. ¡Si él hubiera hablado antes! No habría podido rechazar a nuestro Richard. Pero ahora me temo que es demasiado tarde. No tendrá ocasión de dirigirse a ella. Todo tu oro no puede traer la felicidad a tu hijo.

A las ocho de la noche siguiente, la tía Ellen sacó un curioso anillo de oro antiguo de un estuche apolillado y se lo dio a Richard.

—Llévalo esta noche, sobrino —le rogó—. Me lo dio tu madre. Decía que traía buena suerte en el amor. Me pidió que te lo diera cuando encontraras a la persona amada.

El joven Rockwall tomó el anillo con reverencia y se lo probó en el meñique. Apenas llegó al segundo nudillo y se detuvo. Se lo quitó y lo

metió en el bolsillo del chaleco, a la manera de los hombres. Luego llamó por teléfono al coche de punto.

En la estación rescató a la señorita Lantry del bullicioso gentío a las ocho y treinta y dos.

—No debemos hacer esperar a mamá y a los demás —dijo ella.

—¡Al teatro Wallack lo más rápido que pueda! —dijo Richard, cumplidor.

Subieron a toda velocidad por la Calle Cuarenta y dos hasta Broadway, y luego bajaron por el paseo sembrado de estrellas blancas que conduce desde los suaves prados del ocaso hasta los rocosos cerros del amanecer.

A la altura de la Calle Treinta y cuatro, el joven Richard levantó de golpe la trampilla y ordenó al cochero que se detuviera.

—Se me ha caído un anillo —se disculpó al bajar—. Era de mi madre y no quisiera perderlo. No la entretengo ni un minuto; vi dónde cayó.

En menos de un minuto estaba de vuelta en el coche con el anillo.

Pero en ese minuto un tranvía transversal se había detenido justo delante del coche de punto. El cochero intentó pasar por la izquierda, pero una pesada carreta de transporte le cortó el paso. Intentó por la derecha y tuvo que retroceder ante una furgoneta de mudanzas que no tenía ningún derecho a estar allí. Intentó dar marcha atrás, pero se le cayeron las riendas y maldijo con toda diligencia. Estaba bloqueado en un enredo de vehículos y caballos.

Se había producido uno de esos atascos callejeros que a veces paralizan el comercio y el tráfico de manera repentina en la gran ciudad.

—¿Por qué no avanza? —dijo la señorita Lantry, impaciente—. Llegaremos tarde.

Richard se puso de pie en el coche y miró alrededor. Vio un torrente congestionado de carros, camiones, coches de punto, furgonetas y tranvías que llenaban el vasto espacio donde Broadway, la Sexta Avenida y la Calle Treinta y cuatro se cruzan, como una muchacha de veintiséis pulgadas de cintura llena un corsé de veintidós. Y desde todas las calles transversales seguían llegando a toda velocidad, traqueteando hacia el punto de convergencia y lanzándose a la masa que pugnaba por avanzar, trabando ruedas y

añadiendo las imprecaciones de sus conductores al clamor general. Todo el tráfico de Manhattan parecía haberse atascado a su alrededor. El neoyorquino más veterano entre los miles de espectadores que bordeaban las aceras no había presenciado jamás un atasco callejero de semejantes proporciones.

—Lo siento mucho —dijo Richard al volver a su asiento—, pero parece que estamos atrapados. No van a desenredar este lío en una hora. Ha sido culpa mía. Si no se me hubiera caído el anillo, nosotros...

—Déjame ver el anillo —dijo la señorita Lantry—. Ahora que no tiene remedio, me da igual. Los teatros me parecen una tontería, de todas formas.

A las once de aquella noche alguien llamó suavemente a la puerta de Anthony Rockwall.

—Adelante —gritó Anthony, que llevaba un batín rojo y leía un libro de aventuras de piratas.

Ese alguien era la tía Ellen, que parecía un ángel de cabellos grises que se hubiera quedado en la tierra por error.

—Se han prometido, Anthony —dijo en voz baja—. Ella ha prometido casarse con nuestro Richard. De camino al teatro hubo un atasco callejero, y tardaron dos horas en salir de él.

—Y oh, hermano Anthony, no vuelvas a jactarte jamás del poder del dinero. Un pequeño símbolo del amor verdadero —un anillito que representaba un afecto sin fin y sin interés— fue la causa de que nuestro Richard encontrara su felicidad. Lo dejó caer en la calle y bajó a recuperarlo. Y antes de que pudieran continuar, ocurrió el atasco. Le habló de su amor y la conquistó allí mientras el coche estaba cercado. El dinero es escoria comparado con el amor verdadero, Anthony.

—Muy bien —dijo el viejo Anthony—. Me alegra que el chico haya conseguido lo que quería. Le dije que no escatimaría gastos en el asunto si...

—Pero, hermano Anthony, ¿de qué habría servido tu dinero?

—Hermana —dijo Anthony Rockwall—, tengo a mi pirata en un apuro del diablo. Acaban de hundir su barco, y sabe demasiado bien el valor del dinero como para dejarse ahogar. Te agradecería que me dejaras seguir con este capítulo.

El cuento debería terminar aquí. Así lo deseo yo con tanta vehemencia como vosotros, que lo leéis, lo deseáis. Pero hay que ir al fondo del pozo en busca de la verdad.

Al día siguiente, una persona de manos enrojecidas y corbata azul de lunares, que se hacía llamar Kelly, se presentó en casa de Anthony Rockwall y fue recibida de inmediato en la biblioteca.

—Bien —dijo Anthony, alargando la mano hacia el talonario—, fue una buena cochura de jabón. Veamos: usted tenía cinco mil dólares en metálico.

—Pagué trescientos dólares más de mi bolsillo —dijo Kelly—. Tuve que pasarme un poco del presupuesto. Las carretas de mensajería y los coches de punto me salieron en su mayoría a cinco dólares; pero los camiones y los tiros de dos caballos me subieron a diez. Los tranviarios querían diez, y algunos equipos cargados, veinte. Los policías me salieron más caros: a dos les di cincuenta, y al resto veinte y veinticinco. Pero ¿a que salió de maravilla, señor Rockwall? Me alegra que William A. Brady no se enterara de esa pequeña escena callejera de vehículos en tropel. No quisiera que a William se le partiera el corazón de envidia. ¡Y sin ningún ensayo! Los chicos fueron puntuales hasta la fracción de segundo. Tardaron dos horas en que una serpiente pudiera pasar por debajo de la estatua de Greeley.

—Mil trescientos; aquí tiene, Kelly —dijo Anthony, arrancando un cheque—. Sus mil y los trescientos que puso usted de su bolsillo. Usted no desprecia el dinero, ¿verdad, Kelly?

—¿Yo? —dijo Kelly—. Yo le zurraría la badana al que inventó la pobreza.

Anthony llamó a Kelly cuando ya estaba en la puerta.

—¿No vio usted —dijo— en ningún punto del atasco a una especie de chico gordo sin ropa disparando flechas con un arco?

—Pues no —dijo Kelly, desconcertado—. No lo vi. Si era como usted dice, quizá los policías se lo llevaron detenido antes de que yo llegara.

—Ya me imaginaba que el pillín ese no aparecería —se rió entre dientes Anthony—. Adiós, Kelly.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB